

Robert Gerwarth

Los vencidos

Por qué la Primera Guerra Mundial
no concluyó del todo (1917-1923)



Galaxia Gutenberg

ROBERT GERWARTH

Los vencidos

Por qué la Primera Guerra Mundial
no concluyó del todo (1917-1923)

Traducción de
Alejandro Pradera

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *The Vanquished. Why the First World War Failed to End, 1917-1923*
Traducción del inglés: Alejandro Pradera Sánchez

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril 2017

© Robert Gerwarth, 2016
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Alejandro Pradera, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 4036-2017
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-89-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Oscar y Lucian

Índice

Lista de mapas.	11
Lista de ilustraciones	13
Introducción	23

Primera parte DERROTA

1. Un viaje en tren en primavera	43
2. Revoluciones rusas	48
3. Brest-Litovsk.	62
4. El sabor de la victoria	66
5. Reveses de la fortuna.	73

Segunda Parte REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

6. Guerra sin fin.	95
7. Las guerras civiles rusas.	103
8. El aparente triunfo de la democracia	129
9. Radicalización.	147
10. El miedo al bolchevismo y el ascenso del fascismo	185

Tercera parte HUNDIMIENTO IMPERIAL

11. La caja de Pandora: París y el problema del imperio.	203
--	-----

12. Reinventando Europa Centro-oriental	220
13. <i>Vae victis</i>	233
14. Fiume	256
15. De Esmirna a Lausana	263
Epílogo. La crisis de la «posguerra» y la crisis europea de mediados de siglo	287
Notas	309
Bibliografía	387
Agradecimientos	449
Índice analítico	453

Introducción

Ambos bandos, vencedores y vencidos, estaban en ruinas. Todos los emperadores o sus sucesores habían sido ejecutados o destronados. [...] Todos estaban derrotados; todos estaban afectados; todo lo que habían dado había sido en vano. Ninguno de ellos ganó nada. [...] Los que sobrevivieron, los veteranos de incontables días de batalla, iban regresando, o bien con los laureles de la victoria o bien con las noticias de los desastres, a unos hogares ya sumidos en la catástrofe.

WINSTON CHURCHILL,
The Unknown War (1931)

Esta guerra no es el final sino el comienzo de la violencia. Es la forja en la que se dará forma a golpe de martillo a las nuevas fronteras y a las nuevas comunidades. Será preciso rellenar con sangre los nuevos moldes, y el poder se detentará con puño de hierro.

ERNST JÜNGER,
Der Kampf als Inneres Erlebnis (1928)

El 9 de septiembre de 1922, las pasiones suscitadas por diez años de guerra se abatieron sobre la ciudad de Esmirna. En el momento en que la caballería turca entraba en la que antaño fuera la ciudad más próspera y cosmopolita del Imperio otomano, la mayoría cristiana de su población observaba nerviosa los acontecimientos temiéndose lo que iba a ocurrir. Esmirna era una ciudad donde los musulmanes, los judíos, los armenios y los cristianos ortodoxos griegos llevaban siglos conviviendo de una forma más o menos pacífica. Pero casi diez años de guerra habían modificado las relaciones interétnicas de la ciudad. Tras

perder casi todos sus inmensos territorios europeos en las guerras balcánicas de 1912-1913, el Imperio otomano había entrado en la Gran Guerra como aliado de Alemania en agosto de 1914 –y acabó una vez más formando parte del bando perdedor–. Despojado de sus posesiones árabes en lo que posteriormente dio en llamarse «Oriente Próximo», el derrotado Imperio otomano y su humillada población turca musulmana muy pronto tuvieron que afrontar una nueva amenaza: un ejército invasor griego, alentado por el primer ministro británico, David Lloyd George, había desembarcado en Esmirna en 1919, decidido a forjar un nuevo imperio para Grecia en los territorios de Asia Menor habitados en parte por cristianos.¹

Tras un conflicto brutal que duró tres años, durante los que se asistió a un nivel inusitado de atrocidades contra los civiles, tanto musulmanes como cristianos, las suertes de la guerra ahora se volvían decididamente en contra de los griegos. Atraídas hacia el interior de Anatolia Central por Mustafá Kemal, el competente líder de los nacionalistas turcos, las tropas griegas, al límite de sus posibilidades, y a las órdenes de unos oficiales ineptos, se vinieron abajo cuando Kemal –más conocido por su posterior título honorífico de Atatürk («padre de los turcos»)– lanzó una contraofensiva a gran escala durante el verano de 1922. La apresurada retirada del maltrecho Ejército griego, que vino acompañada de saqueos, asesinatos e incendios provocados contra la población musulmana de Anatolia Occidental, dio lugar a fundados temores de represalias entre la población cristiana de Esmirna. Pero las engañosas garantías que dieron las autoridades de ocupación griegas, junto con la presencia de no menos de veintiún buques de guerra aliados fondeados en el puerto de Esmirna, provocaron que los griegos y los armenios cayeran en la trampa de una falsa sensación de seguridad. Teniendo en cuenta que los Aliados occidentales –sobre todo Gran Bretaña– habían alentado la conquista de Esmirna por el Gobierno de Atenas, no cabía duda de que sus tropas intervendrían para proteger a la población cristiana de las represalias de los musulmanes.

Muy pronto se demostró que aquellas esperanzas eran infundadas, a medida que se iba desarrollando la tragedia de la ciudad. Poco después de que el victorioso Ejército turco conquistara Esmirna, los soldados detenían al arzobispo ortodoxo, Crisóstomo, un destacado partidario de la invasión griega, y lo llevaban ante su oficial al mando, el general de división Sajali Nureddin Pachá. El general dejó a Crisóstomo a merced de una turbamulta turca que se había congregado a las puer-

tas de su cuartel general exigiendo la cabeza del metropolitano. Como recordaba un testigo ocular, un marinero francés, «los manifestantes cayeron sobre Crisóstomo emitiendo gritos guturales, y lo arrastraron por las calles hasta que llegaron ante una barbería, donde Ismael, su propietario judío, observaba la escena temerosamente desde la puerta de su establecimiento. Alguien apartó al barbero de un empujón, agarró un paño blanco y se la anudó a Crisóstomo alrededor del cuello, gritando: «¡Vamos a darle un buen afeitado!». Le arrancaron la barba al prelado, le sacaron los ojos con sus cuchillos, le rebanaron las orejas y la nariz y le amputaron las manos». Nadie intervino. A continuación, los asesinos arrastraron el atormentado cuerpo de Crisóstomo hasta un callejón cercano, lo dejaron tirado en un rincón y lo abandonaron allí hasta que murió.²

La muerte violenta del metropolitano ortodoxo de Esmirna no fue más que la obertura de una orgía de violencia que duró quince días y que recordaba al saqueo de las ciudades enemigas durante las guerras de religión europeas del siglo XVII. Se calcula que a lo largo de las dos semanas siguientes fueron masacrados 30.000 griegos y armenios. Los soldados turcos, las milicias paramilitares y las bandas de adolescentes de la zona desvalijaron, apalearon o violaron a muchos más.³

Las primeras casas fueron incendiadas en el barrio armenio de la ciudad a última hora de la tarde del 13 de septiembre. A la mañana siguiente, la mayor parte de los barrios cristianos de Esmirna eran pasto de las llamas. En el plazo de pocas horas, miles de hombres, mujeres y niños se habían refugiado en la zona del puerto. El reportero británico George Ward Price observaba el espectáculo homicida desde la seguridad de un acorazado fondeado en el puerto, y dejaba constancia de una situación «indescriptible»:

Lo que veo desde la cubierta del *Iron Guard* es un muro ininterrumpido de fuego, de más tres kilómetros de largo, en el que destacan veinte volcanes de furiosas llamaradas que escupen unas puntiagudas lenguas de fuego que se contorsionan hasta una altura de treinta metros. [...] La superficie del mar resplandece con un brillo de color rojo cobrizo oscuro y, lo peor de todo es que, desde la densa multitud de miles de refugiados que se apretujan sobre los estrechos muelles, entre la abrasadora muerte que va avanzando poco a poco hacia ellos por detrás y las profundas aguas que tienen delante, surge constantemente un griterío tan frenético de puro terror que puede oírse a muchos kilómetros de distancia.⁴

Mientras las tropas turcas acordonaban los muelles, muchos de los desesperados refugiados intentaban buscar la forma de llegar a los buques de los Aliados anclados en el puerto. A medida que iba quedando patente que los Aliados no pensaban intervenir, ni iban a hacer intento alguno de rescatarlos con sus botes, algunos de los griegos, presas del terror, se suicidaban lanzándose a las aguas para ahogarse. Otros intentaban ponerse a salvo nadando, intentando a la desesperada llegar hasta alguno de los barcos de los Aliados. Los niños y los ancianos acabaron arrollados por la estampida de una multitud desesperada que intentaba huir del insoportable calor de los edificios en llamas que había a su alrededor. Al ganado vacuno y a los caballos, a los que resultaba imposible evacuar dadas las circunstancias, les partían las patas delanteras para después arrojarlos al agua, donde se ahogaban —una escena inmortalizada en el breve artículo titulado «Sobre el muelle de Esmirna», escrito por el corresponsal extranjero del periódico *Toronto Star*, Ernest Hemingway, entonces muy poco conocido.⁵

Hemingway era tan sólo uno de los muchos periodistas occidentales que documentaron el saqueo de Esmirna. Durante varios días el terrible destino de la ciudad fue objeto de grandes titulares por todo el mundo. Llevó a Winston Churchill, secretario de Estado británico para las Colonias, a condenar, en una carta que envió a los primeros ministros de los Dominios, la destrucción de Esmirna, calificándola de «orgía infernal» con «pocos sucesos comparables en la historia de los crímenes cometidos por el hombre».⁶

Como ilustran de forma escalofriante el desastroso destino de la población cristiana de Esmirna y las masacres previas perpetradas contra los musulmanes turcos, a la Gran Guerra no le siguió de inmediato un periodo de paz. En realidad, Churchill se equivocaba acerca de la naturaleza inusitada de las atrocidades de Esmirna. Todo lo contrario: los incidentes violentos, tan desgarradores como los de Anatolia Occidental, no eran ninguna rareza en lo que a menudo (aunque de una forma un tanto engañosa) se denomina los años de «entregueras», un periodo pulcramente enmarcado que supuestamente comenzó con el armisticio del 11 de noviembre de 1918 y concluyó con el ataque de Hitler contra Polonia el 1 de septiembre de 1939. Sin embargo, esa etiqueta temporal tan sólo es aplicable a los principales vencedores de la Gran Guerra, a saber Gran Bretaña (con la notable

excepción de la guerra de Independencia irlandesa) y Francia, para los que el cese de hostilidades en el Frente Occidental efectivamente marcó el comienzo de una era de posguerra.

Para los habitantes de Riga, de Kiev, de Esmirna y de muchos otros lugares de Europa Oriental, Central y Suroriental, en 1919 no hubo paz, sino tan sólo una violencia incesante. «La guerra mundial terminó oficialmente con la firma del armisticio –observaba Piotr Struve, el filósofo y erudito ruso, desde la posición estratégica de conocido intelectual de la época que había cambiado de filiación política, del bando bolchevique al Movimiento Blanco, en medio de la violenta guerra civil de su país–. Sin embargo, en realidad, a partir de ese momento, todo lo que hemos experimentado, y seguimos experimentando, es una continuación y una metamorfosis de la guerra mundial.»⁷

Struve no tenía que buscar muy lejos para demostrar lo que decía: la violencia era omnipresente, dado que numerosas fuerzas armadas de distintos tamaños y cometidos políticos seguían combatiendo a lo largo y ancho de Europa Oriental y Central, al tiempo que surgían y caían nuevos gobiernos entre un derramamiento de sangre generalizado. Tan sólo entre 1917 y 1920, Europa vivió no menos de veintisiete traspasos violentos de poder político, muchos de ellos acompañados de guerras civiles latentes o declaradas.⁸ El caso más extremo fue, por supuesto, la propia Rusia, donde las hostilidades entre los partidarios y los oponentes del golpe de Estado bolchevique de Lenin en octubre de 1917 había degenerado rápidamente en una guerra civil de unas proporciones sin precedentes históricos, que acabó cobrándose más de tres millones de vidas.

Sin embargo, incluso en los lugares donde la violencia fue menos intensa, muchos contemporáneos compartían la convicción de Struve en el sentido de que el final de la Gran Guerra no trajo consigo estabilidad, sino que por el contrario había marcado el comienzo de una situación sumamente inestable, donde la paz, en el mejor de los casos, era precaria, cuando no totalmente ilusoria. En la Austria posrevolucionaria –que ya no era el centro de uno de los mayores imperios continentales de Europa sino una diminuta y empobrecida república de los Alpes– un periódico conservador de gran difusión planteaba esa misma cuestión en un editorial de mayo de 1919, bajo el titular «Guerra en la paz». El periódico mencionaba los incesantes niveles de extrema violencia en los territorios de los imperios continentales de Europa, vencidos en la guerra, y observaba que en aquel momento

un amplio arco de violencia de posguerra se extendía desde Finlandia y los estados del mar Báltico a través de Rusia y Ucrania, Polonia, Austria, Hungría y Alemania, pasando por los Balcanes, hasta Anatolia y el Cáucaso.⁹

Curiosamente, el artículo no mencionaba Irlanda, el único país naciente de Europa Occidental que, por lo menos durante la guerra de Independencia irlandesa (1919-1921) y la posterior guerra civil (1922-1923), parecía seguir un rumbo parecido (aunque menos violento) al de los estados de Europa Central y Oriental entre 1918 y 1923.¹⁰ No obstante, las semejanzas entre Irlanda y Europa Central no pasaron inadvertidas entre los más perspicaces observadores de la época en Dublín, que consideraban que la difícil situación de Irlanda formaba parte de un malestar europeo mucho más amplio, un conflicto en curso que tenía sus orígenes en la crisis mundial de 1914-1918, aunque también era un fenómeno diferenciado de ella. Como dijo el escritor William Butler Yeats, galardonado con el Premio Nobel, en uno de sus poemas más famosos, «El segundo advenimiento» (1919):

Todo se desmorona; el centro ya no puede sostenerse;
la anarquía está suelta por el mundo,
la marea enturbiada por la sangre; [...]
¿qué bestia violenta, llegada al fin su hora,
para nacer camina inclinada hacia Belén?^{*11}

La violenta transición de Europa de una guerra mundial a una «paz» caótica es el argumento de *Los vencidos*. El libro, que va más allá de las historias más familiares de Gran Bretaña y Francia, o la igualmente conocida crónica de los acuerdos de paz en el Frente Occidental en 1918, aspira a reconstruir las experiencias de las personas que vivían en los países que acabaron en el bando perdedor de la Gran Guerra: los imperios de las dinastías de Habsburgo, Romanov, Hohenzollern, y el Imperio otomano (y los estados que les sucedieron), así como Bulgaria. No obstante, cualquier historia de los derrotados también debe incluir Grecia e Italia. Aunque resultaron vencedores en otoño de 1918, ambos estados muy pronto vieron cómo declinaba su suerte. En el caso de Atenas, la guerra greco-turca

* *Antología bilingüe*, trad. Enrique Caracciolo Trejo, Madrid, Alianza Editorial, 2010. (N. del T.)

(1919-1922) dio lugar a que la victoria se convirtiera en «la Gran Catástrofe» de 1922, mientras que muchos italianos tuvieron la sensación de que el éxito que cosecharon a base de tantos esfuerzos contra el Ejército austrohúngaro en 1918 no fue suficientemente recompensado. El descontento con la compensación recibida por las aproximadamente 600.000 víctimas mortales de la guerra se convirtió en una preocupación obsesiva en Italia –que se manifestó de forma elocuente en la idea popular de una *vittoria mutilata* («victoria mutilada»)– lo que a su vez generó el apoyo a un nacionalismo radical, al tiempo que la grave agitación laboral y la ocupación de tierras convencieron a mucha gente de la inminencia de una revolución bolchevique en Italia. En muchos sentidos, la experiencia de posguerra del país, que culminó con el nombramiento del primer presidente de Gobierno fascista, Benito Mussolini, en octubre de 1922, se asemejó más a la de los imperios vencidos de Europa Oriental y Central que a la experiencia de Francia o de Gran Bretaña.

Al centrarse en los imperios continentales derrotados de Europa, y en la forma que asumieron tras la Gran Guerra, este libro examina una serie de estados que a menudo han sido descritos a través del prisma de la propaganda de los tiempos de guerra o desde el punto de vista privilegiado de 1918, cuando la legitimación de los nuevos estados nacionales de Europa Oriental y Central exigía la demonización de los imperios de los que se habían escindido. Esa interpretación hizo posible que algunos historiadores de Occidente contemplaran la Primera Guerra Mundial como una épica lucha entre los Aliados democráticos, por una parte, y las Potencias Centrales autocráticas, por otra (al tiempo que soslayaban que el imperio más autocrático de todos, la Rusia imperial, formaba parte de la Triple Entente). No obstante, en épocas más recientes, un número creciente de estudios sobre los desaparecidos imperios otomano, alemán y austrohúngaro ha cuestionado la leyenda negra que afirmaba que las Potencias Centrales eran sencillamente unos estados canallas o unas anacrónicas «cárceles de pueblos». Esa revaluación ha sido rotunda, tanto en el caso de la Alemania imperial como del Imperio austrohúngaro, que se presentan bajo una luz mucho más benigna (o por lo menos más ambivalente) a los historiadores hoy en día que a lo largo de las ocho décadas posteriores a 1918.¹² Incluso con respecto al Imperio otomano, donde el genocidio contra la población armenia durante la guerra pareció confirmar la naturaleza maliciosa de un imperio opresor que reprimía violentamente a sus mi-

norías, poco a poco está surgiendo un cuadro más completo. Recientemente algunos historiadores han destacado que, hasta 1911-1912, en el Imperio otomano todavía existía cierto potencial para que en el futuro todos los grupos étnicos y religiosos que vivían en su seno gozaran de igualdad de derechos y de ciudadanía.¹³ Mientras que el nacionalismo del Comité de Unidad y Progreso (CUP), que llegó al poder a raíz de la revolución de 1908, marcó una clara diferencia respecto al nacionalismo cívico, más incluyente, del Imperio otomano, en 1911 el CUP ya había perdido gran parte de su apoyo popular.¹⁴ La invasión italiana de la provincia otomana de Tripolitania (Libia) durante aquel mismo año y la primera guerra balcánica de 1912 posibilitaron que el CUP consolidara una dictadura, y modificaron profundamente las relaciones interétnicas, dado que hasta 300.000 musulmanes, entre ellos muchos familiares de destacados políticos del CUP, fueron violentamente expulsados de sus hogares en los Balcanes, provocando una crisis de refugiados, y una radicalización política en Constantinopla.¹⁵

Aunque alguien pueda considerar exagerada o desmedida la reciente «rehabilitación» de los imperios continentales de antes de la guerra que han llevado a cabo muchos expertos, resulta difícil sugerir que la Europa postimperial fuera un lugar mejor y más seguro de lo que había sido en 1914. Desde la guerra de los Treinta años del siglo XVII no se había producido una serie de guerras y conflictos civiles interrelacionados tan caótica y mortífera como en los años posteriores a 1917-1918. A medida que las guerras civiles se solapaban con las revoluciones, las contrarrevoluciones y los conflictos fronterizos entre los estados emergentes sin unas fronteras claramente definidas ni gobiernos reconocidos internacionalmente, la Europa «de posguerra», durante el periodo que va desde la conclusión oficial de la Gran Guerra, en 1918 hasta la firma del Tratado de Lausana, en julio de 1923, fue el lugar más violento del planeta. Aunque no contabilicemos los millones de personas que fallecieron a causa de la pandemia de gripe española entre 1918 y 1920, ni los cientos de miles de civiles de la zona comprendida entre Beirut y Berlín que murieron de hambre como consecuencia de la decisión de los Aliados de mantener el bloqueo económico tras el fin de las hostilidades, más de cuatro millones de personas –una cifra superior a la suma de víctimas mortales de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos durante la guerra– fallecieron a consecuencia de los conflictos armados en la Europa de posguerra. Por añadidura, millones de refugiados empobrecidos procedentes de Europa Central, Oriental y Meridional

vagaban por el paisaje de Europa Occidental, arrasado por la guerra, en busca de seguridad y de una vida mejor.¹⁶ Con buen criterio, algunos historiadores de Europa Oriental han calificado los años inmediatamente posteriores a 1918 como un periodo de «prolongación de la guerra civil europea».¹⁷

A pesar de los horribles acontecimientos que tuvieron lugar en grandes zonas de la Europa «de posguerra», los numerosos conflictos de los años posteriores a 1917-1918 no han llamado ni mucho menos la misma atención que los acontecimientos del Frente Occidental a lo largo de los cuatro años anteriores. Como es bien sabido, algunos observadores británicos de la época, como Winston Churchill, restaron importancia a los conflictos de la posguerra calificándolos de «guerras de los pigmeos» –un comentario condescendiente que refleja la actitud orientalizante (e implícitamente colonial) para con Europa Oriental que predominaba en los libros de texto de Europa Occidental de la época y durante décadas después de 1918–.¹⁸ Además, esa actitud se nutría de una idea, que en gran parte surgía de los años que transcurrieron entre la Gran Crisis de Oriente (1875-1878) y las dos guerras balcánicas de 1912-1913, que venía a decir que Europa Oriental era de alguna manera «intrínsecamente» violenta, a diferencia de la parte occidental del continente, civilizada y pacífica. La estrechez de miras y la degradación general del discurso entre 1914 y 1918 provocaron una asombrosa miopía entre los responsables políticos británicos y franceses acerca de las catástrofes que se estaban produciendo en Europa Central y Oriental, aunque ocurrieran en lugares que antes de la Gran Guerra, y durante muchísimos años, habían sido sociedades profundamente respetuosas de la ley, culturalmente sofisticadas y pacíficas.

Mientras que la historia de la transición de Europa de la guerra a la paz sigue siendo menos conocida para muchos lectores europeos occidentales que la crónica de la Gran Guerra en sí, los trascendentales años que van de 1917 a 1923 siguen estando muy presentes en la memoria colectiva de la población de Europa Oriental, Central y Meridional, así como en la de Oriente Próximo e Irlanda. Para esas gentes, el recuerdo de la Gran Guerra a menudo se ve ensombrecido, cuando no totalmente eclipsado, por las historias fundacionales de su lucha por la independencia, la liberación nacional y el cambio revolucionario de los años anteriores y posteriores a 1918.¹⁹ En Rusia, por ejemplo, la revolución bolchevique de Lenin, en 1917 –y no la «guerra imperialista» que la precedió– fue el principal punto de referencia histórica durante

décadas. Hoy en día, en Ucrania, la independencia nacional lograda en 1918 (por efímera que fuera) parece omnipresente en los debates públicos sobre la amenaza geopolítica que supone la Rusia de Putin. En el caso de algunos estados postimperiales –sobre todo Polonia, Checoslovaquia y el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos (la futura Yugoslavia)– el énfasis conmemorativo que se dio al nacimiento (o renacimiento) triunfal del Estado-nación en 1918 les permitió «olvidar» oportunamente que millones de sus ciudadanos habían combatido en los ejércitos derrotados de las Potencias Centrales.

En otros lugares, los años posteriores a 1917-1918 ocupan un lugar destacado en la memoria colectiva porque suponen un momento de gran división en su historia: en Finlandia, un país neutral durante la Gran Guerra, la sombra de la guerra civil de 1918, sumamente sangrienta, que exterminó a más del 1 % de la población del país en menos de seis meses, no ha dejado de emponzoñar los debates políticos, mientras que en Irlanda, las filiações y los dilemas de la guerra civil de 1922-1923 han seguido condicionando el sistema político de partidos del país hasta el presente. En Oriente Próximo, la Gran Guerra también es un asunto de interés marginal en comparación con la posterior «invención de naciones» (como Irak y Jordania) por los Aliados, el régimen de protectorados de la Sociedad de Naciones y el conflicto a propósito de Palestina, que sigue vivo. A ojos de muchos árabes, dicho conflicto se originó en el compromiso británico de apoyar «el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío» adquirido por Arthur Balfour, ministro de Asuntos Exteriores, conocido desde entonces como la «Declaración Balfour».²⁰

El complejo cuadro de la Europa que surgió de la Gran Guerra, un conflicto que dejó tras de sí casi diez millones de muertos y más de veinte millones de heridos, se resiste a cualquier catalogación o definición sencilla de las violentas convulsiones que vinieron después. No obstante, aun a riesgo de caer en la simplificación, es posible identificar por lo menos tres tipos de conflictos, diferenciados pero que se refuerzan mutuamente y a menudo se solapan, en el ámbito de la «guerra civil europea» que se produjo a continuación. En primer lugar, durante el periodo «de posguerra» europeo se asistió al estallido de conflictos entre los ejércitos nacionales, regulares o en vías de formación, de distintos países, como la guerra polaco-soviética, el conflicto greco-turco, o la invasión de Hungría por Rumanía. Esos conflictos entre países, que se libraron con el armamento sobrante de la Gran Guerra, se produjeron

principalmente en las zonas geográficas donde la desintegración de los imperios austrohúngaro, ruso, alemán y otomano creó las condiciones para la aparición de nuevos estados nacionales, a menudo nerviosamente agresivos, que pretendían consolidar o expandir por la fuerza su territorio. Una de esas guerras, la que se produjo entre Rusia y Polonia (entre 1919 y 1921) dejó tras de sí en torno a 250.000 muertos o desaparecidos, mientras que las bajas militares de Grecia y Turquía entre 1919 y 1922 podrían ascender a 200.000.²¹

En segundo lugar, durante el breve periodo que va de 1917 a 1923, se asistió a una enorme proliferación de guerras civiles, como fue el caso de Rusia o de Finlandia, pero también en Hungría, Irlanda y partes de Alemania. En los antiguos territorios del imperio de los Romanov, la diferencia entre las guerras interestatales propiamente dichas y las guerras civiles no siempre resultaba fácil de descifrar, dado que todo tipo de conflictos interrelacionados se alimentaban mutuamente. El Ejército Rojo tuvo que librar una guerra con Polonia y reprimir la secesión de las repúblicas de los territorios fronterizos occidentales y del Cáucaso, pero Lenin también aspiraba a lograr la victoria sobre sus adversarios del Ejército Blanco, además de sobre toda una serie de diferentes enemigos, reales o imaginarios—desde los *kuláks*, pasando por los anarquistas, hasta los socialistas moderados, sospechosos de intentar subvertir la revolución bolchevique—. La situación en Rusia se vio ulteriormente agravada por la participación de elementos extranjeros, como las tropas de intervención de los Aliados que acudieron a apoyar a los blancos, o las decenas de miles de soldados alemanes de los *Freikorps* que vagaron por la región del Báltico a partir de 1918 y que lucharon con (y contra) los nacionalistas letones y estonios en busca de territorios, gloria y aventuras.

Las guerras civiles que atormentaron Europa durante aquel periodo generalmente se desencadenaron debido a una tercera forma diferenciada de violencia política que dominó los años que van de 1917 a 1923, a saber, las revoluciones sociales y nacionales. Si durante las últimas fases de la Gran Guerra muchos estados combatientes habían sufrido paros y huelgas provocados por la falta de materiales y por el agotamiento de la guerra, el final del conflicto vino acompañado de revoluciones en toda regla y de cambios violentos de régimen en todos los estados derrotados de Europa. Las revoluciones que se produjeron entre 1917 y 1923 podían ser de naturaleza sociopolítica, en busca de una redistribución del poder, de la tierra y de la riqueza, como fue el

caso de Rusia, Hungría, Bulgaria y Alemania; o podía tratarse de revoluciones «nacionales», como ocurrió en las zonas más inestables de los imperios austrohúngaro, ruso, alemán y otomano, donde aspiraban a consolidarse diversos estados, nuevos o renacientes, inspirados por la idea de la autodeterminación nacional.²² La existencia simultánea, y a menudo superpuesta, de esas dos corrientes revolucionarias fue una de las peculiaridades de los años 1917 a 1923.

Muy pocos habrían podido prever en 1914 ni la duración ni el enorme derramamiento de sangre de la Gran Guerra, ni tampoco la agitación revolucionaria que se produjo a continuación. Como tampoco nadie habría podido prever que, para 1923, dos variantes particularmente radicales de la ideología revolucionaria, el bolchevismo y el fascismo, saldrían victoriosas en Rusia y en Italia, respectivamente. La Primera Guerra Mundial fue, al fin y al cabo, un conflicto que muchos en Occidente esperaban que acabara siendo «el fin de todas las guerras» y que hiciera que el mundo fuera «un lugar seguro para la democracia». ²³ Al final, ocurrió justo lo contrario, y los problemas que plantearon pero no lograron resolver ni la guerra ni los tratados de paz de 1919-1920 crearon unas asimetrías mucho más peligrosas que las que existían antes de 1914. Antes de la Gran Guerra, el orden establecido en Europa era mucho más estable de lo que a menudo se supone. No todo iba bien en los imperios continentales que dominaban Europa continental y Oriente Próximo (y así lo demuestran algunos incidentes violentos, como las masacres hamidianas de 1894-1896 o la represión de la revolución de 1905 en Rusia), pero muy pocos habrían podido imaginar cambios de régimen revolucionarios y la total disolución de los imperios continentales de Europa cuando comenzaron las hostilidades en agosto de 1914. Aunque el declive y la caída de los imperios continentales europeos a menudo se ha descrito como una inevitabilidad histórica desde el punto de vista privilegiado de 1918, las dinastías gobernantes del mundo de la preguerra parecían estar firmemente afianzadas y, en su mayoría, con un control absoluto de las enormes extensiones de territorio que pertenecían a sus imperios.²⁴

La principal excepción a este panorama general de una Europa mayoritariamente pacífica y económicamente dinámica antes de 1914 puede encontrarse en los Balcanes y en el Imperio otomano. En Europa Suroriental y en el Mediterráneo, la guerra no comenzó en 1914 sino en 1911, cuando Italia se anexionó la antigua provincia otomana de Tripolitania (Libia). El año siguiente, una coalición de estados bal-

cánicos expulsó a los otomanos de todos los dominios europeos de Constantinopla, salvo por un pequeño punto de apoyo en Tracia Oriental, lo que desencadenó una oleada de violencia extrema contra los civiles musulmanes de la región, que incluyó asesinatos en masa, conversiones forzosas y expulsiones.²⁵

No obstante, ni en la parte occidental ni en el centro de Europa se produjo una escalada de violencia parecida, aunque las guerras balcánicas anunciaron unas formas de violencia que acabarían siendo generalizadas a lo largo y ancho del continente durante las décadas siguientes. Allí, fue el estallido de la guerra en agosto de 1914 –la «gran catástrofe trascendental» del siglo xx, en palabras de George Kennan– lo que puso abruptamente fin a un periodo de paz inusitadamente largo en la historia europea.²⁶

Como han argumentado Kennan y muchos otros historiadores, la Gran Guerra fue lo que marcó el comienzo de la «Edad de los extremos» (un término acuñado por Eric Hobsbawm) y de décadas de disturbios violentos. La escalada a partir de 1939 de un conflicto aún más devastador que la Primera Guerra Mundial planteó la cuestión de si el origen de las agresivas dictaduras de Stalin, Hitler o Mussolini podía remontarse a los acontecimientos de 1914-1918. Muchos estaban convencidos de que la Gran Guerra había desatado unas furias que los tratados de paz de París de 1919-1920 no lograron contener. Esa «tesis de la “brutalización”», desarrollada, como es bien sabido en el caso alemán, en el libro *Soldados caídos*, de George Mosse (y que desde entonces se ha extendido a toda Europa), sugería básicamente que la experiencia en las trincheras de la Primera Guerra Mundial generó un endurecimiento tanto de la guerra como de la sociedad, al establecer unos nuevos e inusitados niveles de lo que se consideraba una violencia aceptable. Esos niveles de violencia allanaron el camino a, para posteriormente ser superados por, los horrores de la Segunda Guerra Mundial, en la que el número de muertos civiles superó al de víctimas mortales entre los combatientes.²⁷

Sin embargo, en fecha más reciente, los historiadores han planteado algunas dudas sobre el valor explicativo de la «tesis de la brutalización», sobre todo porque la experiencia de la guerra en sí no explica por qué la política y la sociedad se insensibilizaron en algunos de los estados que habían participado en la contienda pero no en otros. Al fin y al cabo, no había diferencias sustanciales entre las experiencias de la guerra de los soldados de los países Aliados y las de las tropas de las

Potencias Centrales –salvo por el desenlace de la guerra–. Otros críticos han señalado que la inmensa mayoría de veteranos que habían combatido en el bando de las Potencias Centrales y que sobrevivieron a la Gran Guerra regresaron a sus pacíficas vidas civiles a finales de 1918. No todos los que combatieron en la Gran Guerra se convirtieron en profascistas ni en bolcheviques, ni anhelaban seguir combatiendo más allá del cese oficial de hostilidades en noviembre de 1918.²⁸

Aunque parece obvio que es imposible explicar la violencia de la posguerra sin hacer referencia a la Gran Guerra, podría resultar más apropiado contemplar ese conflicto como el factor que involuntariamente posibilitó las revoluciones sociales o nacionales que iban a configurar la agenda política, social y cultural de Europa durante las décadas siguientes. Sobre todo en su fase final, desde 1917 en adelante, la Gran Guerra cambió de naturaleza, dado que la revolución bolchevique de 1917 dio lugar a la retirada de Rusia de la contienda, mientras que los Aliados occidentales, reforzados por la entrada de Estados Unidos en el conflicto, se mostraron cada vez más partidarios de dismantelar los imperios continentales europeos como un objetivo de la guerra. En particular, los acontecimientos de Rusia tuvieron un doble efecto: la concesión de la derrota por Petrogrado redobló las expectativas de una victoria inminente entre las Potencias Centrales (tan sólo unos meses antes de que su derrota definitiva generara un enorme afán por identificar a los «enemigos internos» que supuestamente habían sido la causa de aquel desastre); y simultáneamente, la retirada de Rusia inyectó unas poderosas y nuevas energías en un continente arrasado por la guerra, y donde se daban las circunstancias propicias para todo tipo de revoluciones después de cuatro años de combates.

Fue en ese periodo cuando un conflicto especialmente sangriento, pero en última instancia convencional, entre estados –la Primera Guerra Mundial– dio paso a una serie de conflictos interrelacionados cuya lógica y cometido resultaban mucho más peligrosos. A diferencia de la Primera Guerra Mundial, que se libró con el propósito de obligar al enemigo a aceptar determinadas condiciones de paz (por duras que fueran), la violencia posterior a 1917-1918 fue infinitamente más incontrolable. Se trataba de conflictos *existenciales* que se libraban para aniquilar al enemigo, ya fuera étnico o de clase –una lógica genocida que posteriormente acabaría prevaleciendo en gran parte de Europa entre 1939 y 1945.

Además, en los conflictos que estallaron después de 1917-1918, cabe destacar que se produjeron al cabo de un siglo en que los estados europeos habían logrado, en mayor o menor medida, reafirmar su monopolio de la violencia legítima, donde los ejércitos nacionales habían pasado a ser la norma, y donde la distinción, de una importancia crucial, entre combatientes y no combatientes había sido codificada (aunque en la práctica ese código se infringiera frecuentemente). Los conflictos de la posguerra invirtieron esa tendencia. En ausencia de unos estados con plenas funciones en los antiguos territorios imperiales de Europa, las milicias de distintas convicciones políticas asumieron por su propia cuenta el papel de Ejército nacional, mientras que la línea divisoria entre amigos y enemigos, entre combatientes y civiles, pasó a ser atterradoramente difusa.²⁹

A diferencia de la tesis de la «brutalización» de Mosse, genérica pero engañosa, este libro plantea numerosos argumentos diferentes acerca de la transición de Europa de la guerra a la paz. Plantea que, para poder comprender las violentas trayectorias que siguió Europa –incluidas Rusia y las antiguas posesiones del Imperio otomano en Oriente Próximo– a lo largo del siglo xx, debemos tener en cuenta no tanto las experiencias de la guerra entre 1914 y 1917 sino la forma en que terminó la guerra para los estados vencidos en la Gran Guerra: en la derrota, en el derrumbe de los imperios y en las turbulencias revolucionarias.

Aunque uno de esos factores –las revoluciones– ha sido debidamente investigado país por país, sobre todo en el caso de Rusia y de Alemania, curiosamente la literatura sobre este asunto sigue centrada en las naciones, como si los acontecimientos revolucionarios que sacudieron a Europa entre 1917 y comienzos de los años veinte fueran completamente independientes.³⁰ La «cultura de la derrota» de la Alemania de entreguerras también ha sido objeto de investigación histórica, pero no hay ningún estudio, en ningún idioma, que investigue y reúna las experiencias de todos los estados derrotados de Europa en un solo libro.³¹ Resulta extraño, porque una explicación evidente de la escalada de la violencia durante la posguerra tiene que ver a todas luces con el poder movilizador de la derrota en 1918 (o, en el caso de Italia, con la percepción de una «victoria mutilada»)³² En los estados victoriosos de Europa (salvo en Italia y, de nuevo, en la parte irlandesa del Reino Unido), no hubo un aumento sustancial de la violencia después de 1918, en parte porque la victoria militar en la Gran Guerra vino a

justificar los sacrificios de los años de la contienda y reforzó la legitimidad de los estados que salieron vencedores.³³ No puede decirse lo mismo de los vencidos. Ninguno de los estados derrotados en la Gran Guerra logró volver a algo parecido a los niveles de estabilidad nacional y paz interior de antes de la conflagración.

Otro factor importante del recrudecimiento de la violencia a partir de 1918 fue la abrupta desintegración de los imperios continentales de Europa y el difícil nacimiento de los estados que les sucedieron. Los tratados de paz de París asignaron a millones de personas –principalmente habitantes de etnia alemana en Checoslovaquia, Italia y Polonia, de etnia magiar en Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía, y búlgara en Rumanía y en Grecia– a unos estados de nueva creación que tuvieron que afrontar un dilema trascendental: aunque aspiraban a ser estados *nacionales*, Polonia, Yugoslavia y Checoslovaquia en particular eran imperios multinacionales en miniatura. La principal diferencia entre ellos y su predecesor austrohúngaro no era la pureza étnica a la que aspiraban, sino simplemente su tamaño y la inversión de las jerarquías étnicas que se produjo en su seno.³⁴

No fue casualidad que el centro de gravedad de los intentos de revisionismo territorial en Europa a lo largo de las décadas siguientes se ubicara en los territorios de los antiguos imperios multinacionales cuya desintegración creó nuevas «fronteras de violencia».³⁵ La recuperación de los territorios «históricos» y de la población perdida en 1918 desempeñó un papel crucial en las políticas interiores y exteriores en Europa Centro-oriental hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, y a veces más allá de 1945, sobre todo en el caso de Hungría, Bulgaria y Alemania. También fue importante para la Unión Soviética, que se había visto despojada no sólo de sus conquistas durante la Gran Guerra, sino también de los territorios fronterizos del oeste de la Rusia imperial. Los intentos de Moscú para volver a imponerse en los territorios «perdidos» y para consolidar su influencia en Europa Oriental y Central más en general, prosiguieron, en unas circunstancias de una violencia inimaginable, durante toda la década de 1940 y más allá.

Las revoluciones, la derrota de las Potencias Centrales, y la reorganización territorial de un continente anteriormente dominado por los imperios, crearon las condiciones ideales para la aparición de nuevos conflictos de larga duración –aunque cualquier explicación de su progresivo recrudecimiento ha de tener en cuenta la importancia de las tradiciones y las condiciones locales, que a menudo se remontaban a

conflictos mucho más antiguos, y que condicionaron la violencia que surgió después de la guerra—. La tradición *chetnik* de guerra de guerrillas en los Balcanes, o el activismo de los independentistas (los «republicanos») irlandeses antes de 1914, y las tensiones revolucionarias en Rusia previas a la guerra son buenos ejemplos de ello.³⁶ Sin embargo, considerados en conjunto, los factores más genéricos mencionados anteriormente —las revoluciones, la derrota y el «renacimiento» nacional de las ruinas de los imperios en Europa— resultaron cruciales a la hora de desencadenar una oleada transnacional de conflictos armados, que en algunas partes de Europa prosiguió hasta 1923. Y entonces se produjo un punto final provisional con el Tratado de Lausana, en julio de aquel año. El tratado definía el territorio de la nueva República turca y ponía fin a las ambiciones territoriales de Grecia en Asia Menor mediante un enorme intercambio forzoso de poblaciones.

Aunque Europa vivió un efímero periodo de estabilización entre 1924 y 1929, el cúmulo de los problemas planteados pero no resueltos entre 1917 y 1923 volvió a aflorar, con renovada urgencia, en la agenda internacional y nacional tras la llegada de la Gran Depresión en 1929. Por consiguiente, la historia de Europa entre 1917 y 1923 resulta crucial para comprender los ciclos de violencia que caracterizaron al continente a lo largo del siglo xx. Y el punto de arranque de esa historia no pueden ser más que los catastróficos acontecimientos que tuvieron lugar en Rusia a principios de 1917, cuando el más poblado de todos los estados combatientes en la Gran Guerra fue el primero en sumirse en el caos de la revolución y de la derrota militar.